

# Mis notas de Campo II



Vivina Perla Salvetti<sup>1</sup>

Licenciada en Ciencias Antropológicas con orientación sociocultural e intereses actuales en Neurociencias y Ciencias de la Complejidad.

*Estas páginas estarán abocadas a recordar mi segundo registro de campo como estudiante de antropología, cuando me vi confrontada con la dificultad de continuar con los mismos debido a que el grupo zoterapéutico pensado originalmente finalmente no consintió mi ingreso al lugar. Incluye la descripción de las confusas condiciones que rodearon el pedido de admisión, finalmente denegada, así como también las reflexiones que decidí incorporar respecto lo que denominé en el informe original "El status liminal del antropólogo practicante", que guarda notables semejanzas con los ritos de pasaje estudiados hace décadas.*

## El Status Liminal del antropólogo practicante<sup>2</sup>

Desde el principio de la cursada, apenas decidí el espacio tentativo para mis prácticas, estuve consciente de varios aspectos problemáticos que dificultaban la legitimidad de mi incursión como practicante de antropología en cualquier Grupo Terapéutico:

<sup>1</sup> Este trabajo es una versión 2018 revisada y actualizada por la autora de informes de campo aprobados por la cátedra de Metodología y Técnicas de Investigación de Campo, correspondiente a la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

<sup>2</sup> El término liminal (del latín *limen*, umbral, foso o margen) define tanto un *estado intermedio* caracterizado por la indeterminación, como el *período de transición* donde resulta difícil apreciar la frontera entre un estado y otro diferente.

El concepto, fuertemente vinculado con cambios en la identidad social de un individuo al interior del grupo, fue desarrollado por el etnólogo francés Van Gennep (1873-1957) en su obra de 1909 *Los ritos de pasaje*. Allí describe cómo los Ritos marcan fuertemente las transiciones más importantes de la vida humana, tales como el nacimiento, la iniciación sexual, el matrimonio y la muerte, y contribuyen a regular claramente el status de un individuo en el grupo. Estos conceptos fueron desarrollados con amplitud por el antropólogo escocés Víctor Turner (1920-1983). Ver Bibliografía al final

1) No estaba realizando mi Tesis de Licenciatura, así que ni había realizado la presentación de un Proyecto de Investigación formal, ni integraba tampoco un Equipo de investigación que se encuentre trabajando el tema, y menos contaba con un Director sobre una Tesis nunca proyectada como tal.

2) Aunque parezca una verdad de Perogrullo, no estaba graduada como antropóloga, así que formalmente no podía solicitar mi ingreso legítimo desde ese lugar.

3) Por otra parte, para graduarme como antropóloga tenía que encontrar el modo adecuado de realizar prácticas en el Campo, marca registrada de nuestra disciplina.

Así las cosas, la acción crucial consistía en encontrar un ámbito propicio donde pudiera ingresar y realizar de modo legítimo las prácticas antropológicas como estudiante.

También es cierto que, en otros ámbitos



Espacio de las jirafas, punto de encuentro con el Director del Programa (Zoo de Buenos Aires)

académicos algunos han resuelto el problema del acceso legítimo a un campo social que les está vedado conduciéndose de diferentes maneras.

Por ejemplo, hay quienes suponen que resulta legítimo obtener información “objetiva” de un grupo cualquiera, ocultando no solo su identidad sino sus intenciones reales, lo que en este caso y respecto de una Comunidad Terapéutica hubiera sido tratar de ingresar al ámbito restringido haciéndome pasar por alguien que averigua por el *Programa de inserción social para jóvenes con patologías psiquiátricas* debido a que tiene un pariente con alguna patología particular.

Resulta curioso que, en tal caso, parece que ningún Grupo Terapéutico hubiera tenido dificultades en ofrecerme todas las entrevistas y la información necesaria.

Sin embargo, también contaba con suficientes años de formación (se

recomienda hacer las prácticas luego de haber cursado casi la totalidad de materias obligatorias) como para estar consciente que esa *conducta ficcional a priori* no tenía nada que ver con las prácticas antropológicas.<sup>3</sup>

Los métodos para ingresar a un ámbito restringido falseando la propia identidad, si bien fueron utilizados por sociólogos de la Escuela de Chicago quienes directamente se hicieron pasar por pacientes psiquiátricos, es criticado por su absoluta falta de ética desde la reflexión antropológica.

Personalmente y desde mucho tiempo antes de iniciar mis propias investigaciones

<sup>3</sup>También había podido presenciar los teóricos de Félix Schuster (1934.2017), filósofo y epistemólogo argentino, quien impulsó como pocos los cambios necesarios para revisar las prácticas antropológicas clásicas y adecuarlas al mundo contemporáneo. Consiguió enriquecer el contexto de una *Antropología Urbana*, insertando el área pionera dedicada al estudio antropológico de la Ciencia y la Tecnología, o *Antropología de la Ciencia*, desde el espacio de Comunidades Científicas locales a partir de 1987 (Schuster, 2006). Curioso por inquirir en los procesos que hacen posible la *creatividad en ciencia*, Schuster batalló para aclarar, profundizar y reevaluar las relaciones entre la reflexión y la práctica social en nuestros tiempos (Hidalgo y Tozzi 2010).

independientes como practicante,<sup>4</sup> me propuse que, una vez llegado el momento, seguiría las recomendaciones de Gerard Althabe,<sup>5</sup> especialista en Antropología Urbana, respecto a *producir* distancia desde la práctica misma, vale decir, mediante presentarme como antropóloga practicante.

Sin embargo, fue durante la realización de este segundo informe de campo, que decidí incorporar al análisis el concepto de *liminalidad*, frecuentemente utilizado por los antropólogos para enmarcar los procesos rituales de transformación profunda *en la identidad de los Otros*. Lo incorporé de forma metateórica para defender la necesidad de explicitar que todo aquel que tenga intenciones de incorporarse a un grupo para realizar prácticas antropológicas, aclare que es antropólogo.

Si las prácticas de campo, ya fueren exóticas<sup>6</sup> o urbanas, son *constitutivas de la identidad antropológica*, entonces lo mejor que cada estudiante puede hacer, es explicitar en cada caso que solicita *permiso de ingreso como antropólogo practicante*. Si bien nada impide que procure ingresar a un campo de difícil acceso ocultando la propia identidad, se trata de una acción que simplemente obtura y confunde el sentido de las interacciones grupales que lo

<sup>4</sup> Como comenté en las notas de campo anteriores, pertenecía a la enorme mayoría de estudiantes que no consiguieron insertarse en un Grupo de Investigación por diferentes razones.

<sup>5</sup> Tenía conocimiento de las novedosas propuestas de Althabe mediante la lectura de *Antropología del presente* (1999) escrito y compilado junto a Félix Schuster, Jefe de la Cátedra de Epistemología durante mis años de estudio. El texto proponía una revisión de las propuestas antropológicas clásicas para adecuarlas al entorno local. El libro en cuestión lo había adquirido antes de cursar la materia en una de las tantas librerías que hace años caracterizaban la calle Corrientes, en el centro de la ciudad de Buenos Aires.

<sup>6</sup> Exótico: (Del griego *exotikos*, de afuera) Que es lejano y muy distinto con respecto al espacio que se toma como referencia, que suele ser el propio. Se distingue del espacio Urbano: Del latín *urbanus*, perteneciente o relativo a la ciudad.

transformarán finalmente en antropólogo. En otras palabras, si pretende, o quiere Ser antropólogo, haga Antropología, nunca sociología y menos periodismo.

Este concepto de *status liminal de todo practicante de antropología*, me permitió integrar las experiencias y reflexiones en un segundo informe de campo.<sup>7</sup>

## Registro de Campo N° 2

### Situaciones registradas:

-Correspondencia virtual con diferentes miembros del programa de inserción social para confirmar entrevistas

-Visita al hospital Tobar García (entrevista con una de las coordinadoras)

-Visita al Zoológico de Buenos Aires (entrevista con el Director del programa)

### Análisis metodológico:

-Análisis de las posibles causas de confabulación grupal

-Concepto de implicación antropológica de G. Althabe

-Reflexiones y nuevas reformulaciones

## Transcripción de los correos y mensajes enviados

Aunque figuran en el escrito original, en vista de los acontecimientos posteriores, no me pareció pertinente incluirlos en este

<sup>7</sup> Recordamos que la Cátedra distinguía claramente entre las *notas de campo* (forzosamente acotadas y recortadas a lo que consideramos digno de registrar), la *descripción etnográfica* y el *análisis etnográfico*.



Hospital Infantil Juvenil *Tobar García* de la ciudad de Buenos Aires. Cartel que advierte de su remodelación.

artículo de difusión pública, así que se los debo.

Si bien me habían prevenido desde la Cátedra que no resultaría nada fácil conseguir el permiso para entrevistar como antropóloga practicante a los miembros de un programa de salud cualquiera, desde el principio procuré al menos de intentarlo. Además, no contaba con nadie conocido dentro del ámbito terapéutico que me recomiende a un grupo zooterapéutico particular. De todos modos, después de casi dos meses de intensa correspondencia y largas esperas, pude concretar una cita para admisión.

### En el Tobar García

Llegué temprano a la cita con la Lic. P.<sup>8</sup>

El Hospital Carolina Tobar García está a pocas cuadras de la *Terminal Constitución* de subtes y trenes de la Ciudad de Buenos Aires.

Decidí recorrer a pie esa corta distancia con el propósito de conocer el lugar. Eran las ocho de la mañana, muchos negocios todavía estaban cerrados, aunque las calles hervían del movimiento de las personas que iban a trabajar.

<sup>8</sup> Todos los nombres permanecerán en el anonimato.

Sin embargo, a pesar del movimiento, la abundancia de frentes grises y hoteles alojamiento definen al lugar como un espacio signado por lo transitorio. Sobre la avenida R. Carrillo al 300 circulan gran cantidad de autos y colectivos. El Hospital Psiquiátrico Infantil Tobar García se encuentra contiguo al Borda (Psiquiátrico para varones) y el Moyano (Psiquiátrico para mujeres).

Todos los vehículos circulan con rapidez frente a los Psiquiátricos, como quien se resiste a siquiera detenerse un momento en espacios signados por la locura.

La interminable vereda enfrentada a los terrenos ocupados por los Hospitales en cuestión, hace notorios los largos muros que lindan a su vez con las vías del ferrocarril. Es extraño. Me doy cuenta que estoy acostumbrada visualmente a la intervención gráfica de toda pared que linda con las vías del tren.

Sabemos que las bandas de arte callejero se disputan el poder para pintar sobre paredes devenidas en campos de batalla, y, sin embargo, el largo muro sin solución de continuidad frente a los Hospitales Psiquiátricos permanece sin intervenir en absoluto. ¿Habrán sido disuadidos por el tráfico, o por la vigilancia policial de los hospitales? Lo dudo, para estos grupos, burlar la vigilancia suele resultar un estímulo.

Una cosa es segura.

Las bandas de arte callejero parece que también hubiesen decidido no detenerse ni un minuto frente a los Psiquiátricos para seguir rápidamente de largo. Cruzo por el semáforo que está al frente del Hospital, el único en la larga vereda.

Un enorme cartel de publicidad institucional anuncia que el Gobierno de la Ciudad lo está remodelando. Una empalizada de madera y cobertura de media sombra ocultan los trabajos del día.

“A sus pies rendido un león...”

Apenas ingreso al hall del Hospital algo me llama la atención de manera agradable.

En medio del caos de la remodelación y el rápido ir y venir de los que ingresan al Hospital, la estampa de un gato sentado en la entrada sobre una frazadita prolijamente doblada consigue transmitir una cuota de serena e imperturbable tranquilidad.

No pude evitar preguntar “¿Cómo se llama el gato?” a tres oficiales de vigilancia (dos “masculinos” y uno “femenino”) apostados detrás de la mesa de entrada, unos pocos pasos al interior.

“Peralta” me contesta uno de ellos.

“Pues ese gato habla muy bien de ustedes” afirmo.

“Ya quisiera yo tener la vida del gato” dice el otro mientras la única agente femenina saca una bolsa de balanceado, oculta detrás del mostrador y me la muestra con una sonrisa.

De un vistazo alcanzo el nombre de la licenciada P. con las típicas letras de molde encabezando el plantel. “¿Dónde puedo ubicarla?” Me indican la puesta del despacho, pero ni siquiera son las 8.30, así que les pregunto si no molesta que espere en recepción. Esto de paso me permite observar el movimiento. Pido permiso para sentarme en uno de los taburetes.

El movimiento de ingreso es continuo. Algunos firman diferentes legajos de

asistencia. Me llama la atención la vestimenta informal, no veo a nadie con el típico uniforme de hospital. Hasta que me sorprende uno vestido con traje corbata y maletín.

“Buenos días...” saludan todos.

Después de un rato, el hombre del traje regresa y pregunta a uno de los oficiales “¿Llegó el Dr. Fulano?” No. Todavía no. Hace un gesto de disgusto y se sienta en un banco. “¿Es visitador médico?” pregunto. Asienten. Es el único individuo con traje.

“¿Puedo sacar fotos de los pasillos?” No, no está permitido

“¿Y de la cartelera de anuncios?” Tampoco.

Antes de recibir la tercera negativa, me puse a observar la cartelera para registrar en la memoria algo que me llamase la atención. No me animo a sacar la libreta de notas. La medida, me dicen, es para proteger la intimidad de los pacientes.

Ingresa un jovencito de unos once o doce años, con la mamá y saluda afectuosamente a los oficiales. Se abalanza sobre uno de ellos y empieza a golpearlo suavemente en el abdomen, mientras el oficial grita juguetonamente “Auxilio, voy a llamar a la policía” Todos ríen. Cuando se retiran pregunto “¿Es familiar?” No, es un pacientito que estuvo internado por demasiado tiempo.

Ingresa otra mujer joven con un chiquito en brazos preguntando por los cursos de computación. Le indican dónde dirigirse.

“¿Dan cursos aquí?” Si, dan cursos como parte del programa de rehabilitación.

Así que me reincorpo y vuelvo a la cartelera para ver si observo algún detalle



El gato Peralta. Mascota protegida por agentes policiales del Tobar García.

relacionado.

Me topo más allá con advertencias de los profesionales del lugar, expuestas mediante fotocopias pegadas con cinta en las paredes. Declaran su firmeza para mantener la continuidad institucional de políticas de inclusión.

¿Habrán recibido presiones de cambio por parte del Gobierno de la Ciudad?

El afiche no lo aclara. Junto con la remodelación edilicia, ¿habrán recibido presiones para extender la remodelación al ámbito de las políticas institucionales? Siguen mis especulaciones, pero como quiera que fuese, el aviso expresa la firme disposición de continuidad.

Ahora bien, ¿permitirá esta política de inclusión algo tan inusual como permitir a una practicante de antropología realice entrevistas informales a miembros de un programa de rehabilitación? No quedaba otra que esperar para saber la respuesta.

Salgo a tomar fotos del frente del Hospital y una de Peralta (Eso sí está permitido)

Luego de un rato, ingreso nuevamente al Hospital. Pregunto nuevamente “¿Llegó la Licenciada?” Parece que sí. Avanzo por los pasillos, golpeo la puerta y una voz femenina dice “Adelante”.

### La cita tan esperada

Una señora de mediana edad, también vestida de modo bastante informal está sentada escribiendo delante de una computadora.

“¿Vivina?” Sí. “Espere que termino y la atiendo”

En verdad qué le dije exactamente no recuerdo. Estaba bastante nerviosa y peor dormida, por la ansiedad absurda de no escuchar el despertador y llegar tarde a mi cita al otro lado de la enorme ciudad. Es curioso. Ya había hecho una incursión informal en el Zoo con los cuidadores adultos, había intercambiado suficientes mensajes con otro de los miembros del Equipo Terapéutico, quien en varios correos se ocupó de alentar mis expectativas respecto de las posibilidades de ingreso para realizar mis entrevistas y posteriormente me derivó a esta Licenciada con quien también me había comunicado varias veces por correo. Pero una vez traspasado el umbral, tras darme cuenta que en realidad esta entrevista era la primera de tipo personal, presencial y formal de mi práctica antropológica, todo lo que tenía pensado decir simplemente se esfumó.

Simplemente no logro recordar exactamente qué le dije.

“Hable con el Dr. (Mengano)” es casi lo único que recuerdo me dijo al finalizar la entrevista “Es la persona adecuada para

conseguir el permiso de ingreso.... El ingreso es problemático.”

Lo dijo como al pasar, después de todo si yo me encontraba allí era porque entendía que tal ingreso no era cosa sencilla.

-¿Puede ingresar al Zoo de modo particular?

-Si.

-¿Puede ir el martes a la mañana?

-Si, claro que puedo.

Un par de días después recibí otro correo: “Hola Vivina... El Dr. la espera en el Zoológico a las 9,30. Por cualquier cosa le paso su número de celular. Mucha suerte. Y no se olvide de ingresar por la puerta principal y pagar el ticket”

Tenía confirmado el gran día.

A estas alturas, venía reformulando y acotando el campo de la descripción etnográfica requerida.

Lo había redirigido hacia la descripción de la Comunidad terapéutica y aquellos aspectos del programa que cada uno de los participantes consideran pueden contribuir a la transformación psíquica de los jóvenes que favorecen su posterior reinserción social.

Estos eran los puntos que trataría de explicitar en la entrevista arreglada con el Director del programa pocos días después.

Sin embargo, la experiencia misma se encargaría de mostrarme que había actuado con una enorme dosis de ingenuidad.

## Una entrevista crucial

Llegué a horario. Como el día que me citaron era feriado escolar, había una gran cantidad de familias en el lugar, con los chicos en la puerta del Zoológico esperando entrar.

Hay movimientos de vendedores ambulantes con alimentos, bebidas y golosinas. Incluso se desarrollan preparativos para el recital de varias bandas de música en los jardines de Palermo.

Estos festejos coinciden con un clima de malestar. Varias escuelas públicas están tomadas por estudiantes desde hace más de veinte días, y hasta los estudiantes de Filosofía y Letras se plegaron a los reclamos de protesta.

La primera sorpresa. El Zoológico abre a las diez. Mi cita es a las 9:30.

Sin embargo, veo contingentes que ingresan por Sarmiento. Me acerco, averiguo. No. No puedo pasar, aunque le explico verbalmente los motivos de mi visita. Solo acceden los que están anotados de antemano y yo, por supuesto, ni figuro.

Regreso a la entrada principal a esperar una eterna media hora.

Una vez adentro, me apresuro hacia el lugar previamente acordado. En una vía lateral y separado por jardines, logro identificar dentro de un grupo al terapeuta con quien me había comunicado por correo y al que reconocí por la foto de perfil.

Me apresuro, me presento y me deriva al Director del programa, con quien había acordado una cita junto a las jirafas. "Tuve que esperar a entrar con el público" me disculpa, aunque personalmente

todavía entiendo todo como un enorme malentendido. "¿Fulana no le dio un pase?" No, y tampoco estaba anotada en la entrada de Sarmiento. Sin embargo, el Director ofreció otorgarme un momento para lo cual me invita ir al sitio original de la cita.

Mientras nos acercamos a las oficinas del Programa, me voy dando cuenta que sabe por qué estoy allí. Mientras caminaba rápidamente, el Doctor me ofrece un libro donde figuran todas las opiniones de cada uno de los miembros del programa. "Hace poco vino a vernos un investigador extranjero. Hizo su tesis con los datos del libro. Ahí tenés todo"

Creo que no alcanzó a escucharme que las prácticas de campo requieren entrevistas de tipo personal.

Llegamos a una cabaña que recuerda las construidas en las aldeas montañosas de la zona franco-suiza. Combina el empleo de piedras al natural para la base y madera para el resto. Está pintada de color verde claro, y decorada con guardas y diferentes motivos infantiles. Dos plantas, techo a dos aguas con una pequeña torre que hace las veces de mirador. Tres puertas de madera al frente, dos de ellas de doble hoja permiten el acceso a la espaciosa planta baja, que en Europa es usualmente empleada para proteger los animales al cuidado familiar.

La entrada está flanqueada por un desteñido cartel lavado por la lluvia y los años que identifica el Programa. Al interior, una escalera, también de madera, conduce a la planta alta, con un pequeño vestíbulo que enfrenta otras dos puertas. Una de ellas pertenece a las oficinas del Programa.

"Aquí tengo el libro que quiero mostrarte." La puerta está cerrada con llave. "Ah, cierto, la llave la tiene Fulano, en un rato viene".



“¿Podemos aprovechar a conversar mientras tanto?” le pregunto al bajar. Me acuerdo que una de las preguntas iniciales que pensaba hacerle inquiría por el origen del Programa. Mientras me siento bajo un árbol, en el sitio acordado por correo al lado de las Jirafas, se la formulo.

Empieza a contarme. Primero se recibió de médico, luego de psiquiatra y con posterioridad, de psiquiatra infantil. Tuvo como compañeros a... y empieza a mencionar una catarata de nombres “disculpe doctor, no los conozco”. También trabajó con la antropóloga X en la escuela Z. Tampoco la oí nombrar.

“Luego estuve trabajando varios años con un grupo que hacía terapia ocupacional para adultos, en Lanús” Recordó que fue una experiencia sumamente enriquecedora para él.

“¿Y cómo fue que se le ocurrió la idea del Programa?” pregunté, y entonces pasó a detallarme:

“Fue en la época en que el Doctor Romero (sí, el mismo que sale en la tele) era Director del Zoológico, y yo trabajaba en terapia infantil. Luego de hacer una visita con un grupo de chicos, Romero se me acercó y preguntó: “¿Qué puede hacer el Zoológico por ustedes? ¿Qué podemos hacer juntos?”

Respondió a la iniciativa, y añadió “Así que empecé a recorrer el zoológico para ver si se me ocurría algo.”

Y vaya si se le ocurrió.

Refirió que la idea le vino al leer el cartel del Cuidador de Elefantes: “Roberto, cuidador de elefantes e hijo de cuidador tiene muchas cosas para contar”

Toda su experiencia acumulada como Pediatra, Psiquiatra y Terapeuta ocupacional confluyó en una sola idea absolutamente novedosa:

*“¿Qué pasaría si los chicos vienen a ver a los cuidadores?”*

Después de averiguar cuántos cuidadores estaban dispuestos a permitir que chicos con patologías psiquiátricas los ayuden con la atención de los animales, hubo varios que aceptaron.

¿Qué opinaron los cuidadores luego de la experiencia? A muchos cuidadores les llamó la atención que los jóvenes estuviesen diagnosticados con patologías psiquiátricas. Notaron poca o ninguna diferencia con otros jóvenes que conocían.

Desde su experiencia de varios años con el programa, su Director puede afirmar que lo que contribuye a la remisión de las patologías no es solo el trato con los animales, sino el vínculo que se establece entre el paciente y el cuidador. “Aquí los chicos no están caratulados como pacientes, sino como individuos”

También advierte que recibió muchas críticas. “Decían que no era digno poner a los chicos a limpiar la (suciedad) de los animales” Sin embargo el siguió insistiendo en que el foco estaba puesto en la oportunidad de trabajar y en el vínculo con el cuidador. Las críticas persistieron hasta que encontraron una manera de medir de modo objetivo los progresos que iban realizando los chicos, mediante observar una disminución notoria en las dosis requeridas de psicofármacos. Pese a que no fue fácil la implementación local, el programa logró cierto reconocimiento en el exterior.

Le hago un comentario respecto de algo que leí en la página web. “La página es de (Fulano) Incluye artículos que no están relacionados con el programa del Zoológico” me respondió de modo tajante. Al parecer, no debí considerar lo que decía la página web como representativa del grupo.

“Cada uno de nosotros tiene sus ideas particulares acerca del funcionamiento del Programa” enfatizó.

¿Se deberá a una impresión mía percibir tensiones al interior del grupo mientras tratan de armonizar un tipo de abordaje partiendo de paradigmas diferentes?

El director se adelanta a mis pensamientos y agrega:

“Somos un grupo interdisciplinario. Cada uno tiene sus ideas personales”.

Y sus tiempos. En ese momento regresó quien estaba a cargo de la llave.

“Lo espero acá, doctor”<sup>9</sup>

Volvió con el libro en la mano.

“¿Ves? Aquí al final está la bibliografía citada. Acá está todo. Léelo y después charlamos.”

Luego de abonarle el importe correspondiente, dio por concluida la charla.

Me despedí, disintiendo en mi interior.

Mucha de la información valiosa que me proporcionó, definitivamente no se hallaba

<sup>9</sup> Mientras esperaba al lado de las jirafas, por un momento tuve la impresión de sentirme como ellas, constreñidas a escribir ansiosa y continuamente el cuello ante lo desconocido.

en el libro.<sup>10</sup>

### Análisis de las posibles causas del rechazo

La entera experiencia de casi dos meses de dilaciones para concretar entrevistas de campo con los miembros del programa terapéutico según fuera relatada en este registro, tuve que darla por concluida.

Sin embargo y a pesar de todo resultó posible efectuar un análisis antropológico de la experiencia, que permitió no solo la evaluación de los datos obtenidos en dos entrevistas para incluir en el registro parcial de campo, sino también integrarlos en el informe final al momento de reformular mi abordaje sobre una Comunidad Terapéutica.<sup>11</sup>

Por lo tanto, a continuación, y utilizando los conceptos proporcionados por las diferentes cátedras previamente cursadas, trataría de explicitar cuál fue desde el principio mi actitud respecto del ingreso al campo mismo a partir de la *noción de*

<sup>10</sup> Aclaro para quienes no estén familiarizados con la descripción etnográfica, que me refería a la información respecto de los *modos como se constituyen las Identidades* al interior de cada grupo social.

<sup>11</sup> Recuerdo que apenas volví a casa lo primero que hice fue buscar entre el material bibliográfico de materias ya cursadas, aquellos conceptos que, según recordaba podían ayudarme a recuperar los datos de esta experiencia para volcarla en el informe de campo que tenía que presentar en los tiempos pautados por la Cátedra. De mi lectura previa de *Antropología del Presente*, recordaba que el profesor Félix Schuster, lideraba con Althabe un Programa conjunto. El principal aporte de ese trabajo en común consistió en insertar en el contexto de una *Antropología Urbana*, el área dedicada al estudio antropológico de la Ciencia y la Tecnología. En 1987, el grupo de Schuster había sido pionero en realizar *Antropología de la Ciencia* en el espacio de Laboratorios, Centros experimentales y Comunidades científicas locales. A este Grupo particular de antropólogos le “interesaba reflexionar sobre la ciencia, pero no desde la historia, la sociología o aún la epistemología” más bien querían ubicarse “en la *intersección* entre la producción y la validación del conocimiento.” En este punto tuvieron mucha importancia los conceptos de Althabe, que enriquecieron la forma de encarar la investigación urbana del campo CyT local (Schuster, 2006).

*implicación* de Althabe, concepto clave que marca la diferencia con algunas prácticas de investigación social (periodística o sociológica) signadas por la falta de ética y con las que lamentablemente la antropológica resulta confundida.

### El problema del Status Liminar del antropólogo practicante

Tal como comenté al principio, tenía bastante claro el nudo de mis dificultades se debían a lo que denominé el *status liminar del antropólogo practicante*, que describe la *situación de indefinición previa* de quien procura ingresar a un espacio dado para realizar prácticas antropológicas sin ser foralmente antropólogo, y, sin embargo, *requiere de la realización de tales prácticas para emerger con la identidad profesional* una vez superada la frontera liminar señalada por esas mismas prácticas.

Apenas inicie la cursada, tenía pensado abordar el espacio de prácticas con dos principios en mente: el de la *observación participante* (limitada a la interacción respetuosa del lugar de los terapeutas) y el de *consentimiento informado* (presentarme como practicante de antropología, procurar registrar la subjetividad pautada y otorgarles la oportunidad de leer mis informes antes de presentarlos).

Sin embargo, luego de haber pasado por la experiencia tengo que reconocer que este abordaje, tal como lo había leído resultaba difícil de aplicar en algunas situaciones.

Fue aquí cuando recordar la *noción de implicación* descripta por Althabe que había leído previamente (y sin tanto detalle) resultó el enfoque más adecuado para describir *a posteriori* lo que realmente me

pasó: *observación participante implicada en la situación de campo*.

Quizás gran parte de las dilaciones y obstáculos que experimenté en mis intentos por formalizar las entrevistas a los miembros de la Comunidad Terapéutica para conocer su propia subjetividad, fuera posible adjudicarlas a la desconfianza provocada por la falta de ética de muchos sociólogos y periodistas quienes se valen de cualquier engaño y atropello con tal de obtener alguna imagen, dato o frase “objetiva” que, soslayando su carácter no consentido, termine siendo difundida como información legítima.<sup>12</sup>

### La implicación del antropólogo

El concepto de *implicación* resulta sumamente operativo para comprender el lugar del antropólogo en el campo, así como las dificultades que surgen al procurar que los nativos<sup>13</sup> continúen con su vida cotidiana como si él no estuviera allí.

Una salida propuesta para tal atolladero consistiría en aclarar simplemente que él *sí está allí*, como alguien que se interesa por ellos, y no busca juzgarlos, comprendiendo que su sola presencia, extraña a la vida cotidiana del grupo sencillamente altera los ritmos de la actividad local.

El antropólogo francés Gerard Althabe, soslayando cualquier ilusión de distanciamiento, sostiene:

<sup>12</sup> Si bien incluí estas impresiones subjetivas en las notas de campo, no podía desarrollar estas presunciones de carácter especulativo en el análisis metodológico. En cambio, el concepto de *implicación* ofrecía uno más adecuado para abordar lo ocurrido.

<sup>13</sup> El término “nativo” en Etnometodología, indica las particularidades de un individuo en tanto integrante de un grupo dado, urbano o exótico.

*“El antropólogo es proyectado, lo quiera o no, sobre la escena local en la cual está obligado a participar ... La implicación es una condición de acceso al campo ...*

*Los intereses de conocimiento explicitados por el antropólogo al comienzo de la investigación abren o cierran las puertas de acceso al campo” (Althabe y Hernandez 2005: 80, 82 y 86).*

Se trata de una propuesta novedosa y diferente al modelo clásico de observación-participante que, según recordamos, confiere carácter científico a la producción antropológica si y solo si mediante extrapolar los métodos observación sobre sujetos humanos como si se trataran de experiencias controladas de laboratorio.

En esta crítica revisión del modelo clásico, y para poder ingresar al campo de prácticas en forma adecuada, Althabe incorpora la noción de implicación, *fuertemente vinculada con la comprensión tanto de los intereses del antropólogo como de la dinámica del grupo que se pretende investigar.*

*Comprender la implicación de todo antropólogo en el espacio nativo. confirma la imposibilidad de pasar desapercibido por el grupo que se pretende observar como si el antropólogo fuese invisible:*

*“Para el investigador (implicado en una situación donde no se acepta su presencia) la cuestión es relativamente simple: o bien comprende lo que sucede e intenta utilizar los escasos márgenes de maniobra que le quedan, o bien no comprende y a partir de allí comienza una aventura solitaria que no puede más que desembocar en la producción de una descripción ficcional” (Althabe y Hernandez 2005: 74).*

Atendiendo a esta advertencia,

uno *siem-pre* se encuentra implicado subjetivamente en lo que pasa y su *mera presencia*, ajena al grupo, *afecta las actividades cotidianas*, lo quiera o no.

Recuerdo la satisfacción que sentí al momento de sentarme a redactar el informe tras darme cuenta que sin duda lo que había leído previamente había condicionado de alguna manera mi reacción al finalizar la entrevista con el Director, cuando interpreté inmediatamente que el rechazo era visto como una intromisión que estorbaba las actividades del Grupo Terapéutico, y que las intenciones reales bajo la propuesta “Léelo y después hablamos” cerraba definitivamente toda posibilidad de entrevistar como estudiante a miembros del grupo en horarios y sitios convenientes a cada uno. Se pretendió sustituirla con un mero resumen escrito de los fundamentos del Programa, propiciando una *descripción ficcional* del grupo, no aprobada en absoluto por la Cátedra de Metodología de Campo, dependiente de la carrera de Ciencias Antropológicas, aunque fuese aceptada por otras disciplinas.

También recuerdo mi reacción final, cuando me di cuenta que la opción más digna que tenía a mi alcance consistía en saludarlo atentamente y empezar a pensar en otros ámbitos donde abordar vínculos sanadores con animales.

Al cerrarse las puertas del Zoológico en tanto espacio de referencia, solo restaba volver a buscar por Internet referentes empíricos alternativos en los que la práctica de terapias con animales propicie la integración social.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Recuerdo que tardé un par de días en sentarme a escribir los registros correspondientes hasta recuperarme lo suficiente de la confabulación grupal a la que había sido sometida y que se hubiera evitado reconociendo francamente desde el principio que mi presencia no era aceptada en lugar de alimentar comunicaciones y citas dilatorias por correo que me

### Acotando el espacio de búsqueda

Pasarían unos días antes de ir al Locutorio a buscar sitios cercanos para realizar las prácticas de campo. Tenía a flor de piel la experiencia que me recordaba las dificultades para entrevistar grupos terapéuticos.

Sin embargo, recuerdo muy bien el momento en el que descubrí un indicio que resultó crucial para acotar el espacio de búsqueda.

Althabe (2005) no solo advierte francamente que la presencia del antropólogo perturba considerablemente las actividades cotidianas de todo grupo profesional y constituye una de las principales razones para impedir su acceso al mismo.

También reconoce que el antropólogo solo es aceptado cuando su presencia resulta beneficiosa al grupo en cuestión.

Entonces, si uno de los problemas frecuentes del antropólogo practicante consistía frecuentemente en *resolver las condiciones éticas de acceso al campo*, y luego de recordar mi experiencia inicial en la Cabaña Cóndor<sup>15</sup> me di cuenta que la solución consistía en procurar el *ingreso a lugares públicos que cobren entrada* a los mismos.

Así que comencé a buscar algún lugar público, que, pago entrada mediante, me permitiera ingresar de modo legítimo y sin inconvenientes para seguir relevando datos

---

hicieron perder tiempo valioso. No me resultó nada sencillo "barajar y dar de nuevo". Además, me encontraba en la mitad de la cursada, con graves peligros para realizar y completar a tiempo los registros correspondientes de los que emergería después la descripción y el análisis etnográfico.

<sup>15</sup> En "Mis Notas de Campo I" (Bibliografía al final)

dentro de mi campo general sobre grupos vinculados con la Zooterapia.

La reformulación de las preguntas de investigación y el registro de campo quedarán para la próxima entrega.

*(Fin del segundo informe de campo)*

### Bibliografía recomendada:

Althabe, G. y Hernandez, V. (2005) "Implicación y Reflexividad en Antropología" En: *Etnografías Globalizadas*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología

Althabe, G. y Schuster, F. (1999) *Antropología del Presente* Buenos Aires: EDICIAL SA

Hidalgo, C. y Tozzi, V. (2010) *Filosofía para la Ciencia y la Sociedad. Indagaciones en honor a Félix Gustavo Schuster*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA

Salvetti, Vivina P. (2018) "Mis Notas de Campo I" En: *Revista ALMA Cultura & Medicina*, Volumen 4, Número 2, págs 74-86

Schuster, Félix (2006) "Gerard Althabe y la Antropología de la Ciencia" En *Cuadernos de Antropología Social* 23, pp. 155-168 (Disponible la Web)

Turner, Víctor (2002) "Dramas sociales y metáforas rituales" En: Geist I. *Antropología del Ritual: Víctor Turner* INAH/ENAH, México DF

Van Gennep, Arnold (2013) *Los Ritos de Pasaje* Ed. Alianza